

Transformaciones culturales derivadas de la migración

Samuel Villela*

Como producto de la globalización y del proceso de desarrollo capitalista a nivel nacional, los flujos migratorios desde los grupos indígenas de Guerrero se han venido incrementando y adquiriendo relevancia por sus implicaciones socioculturales, además de las económicas.

Entendida la migración como “[...] el desplazamiento de un conjunto de población, por un lapso de tiempo variable, de su lugar de residencia habitual a otro sitio fuera de estos espacios” (Nolasco, 2003: 4), tenemos que el primer desplazamiento significativo de nuestro tiempo se da en la década de los cuarenta, del siglo pasado, cuando nahuas del Alto Balsas se incorporan al Programa Bracero (García, 2004: 197).

Hacia los años cincuenta, debido al desarrollo urbano y económico de ciudades dentro del estado —Acapulco, Iguala— como del interior del país —Ciudad Nezahualcóyotl y en el D.F. — se empiezan a conformar los enclaves de pequeños grupos migratorios que servirán como “cabeza de playa” para tejer las redes solidarias que permitirán un lento, pero progresivo, arribo de paisanos para el desempeño laboral en el sector terciario, sobre todo. Uno de los ejemplos indicativos de este momento es la migración de nahuas de Acatlán, municipio de Chilapa, quienes empiezan a tejer el enlace transcomunitario que ha permitido un desplazamiento en el que los lazos culturales con la comunidad de origen no se han roto del todo, reconfigurándose y permitiendo una reelaboración de identidades a través de la permanencia del vínculo con la tierra comunal y con el ciclo festivo y ritual (sobre todo la fiesta patronal y la petición de lluvia).

* Investigador del Instituto Nacional de Antropología e Historia.



Otro caso significativo en este periodo es la migración que emprenden los nahuas del Alto Balsas, a partir de la elaboración de la pintura en papel amate, la cual tiene una buena acogida en el mercado artesanal tanto nacional como internacional. Nahuas de Ameyaltepec y San Agustín Oapan se desplazan y asientan en Taxco, así como con otros de esa cuenca (Xalitla, San Juan Tetelcingo) que se encaminan hacia Cuernavaca, Acapulco, la ciudad de México y los principales enclaves turísticos del país y en la frontera norte.

Este proceso permitió que, hasta la década de los ochenta, las comunidades indígenas balseñas tuviesen un relativo mejoramiento en sus condiciones de vida, en contraste con sus congéneres de las otras regiones indígenas de la entidad sureña, lo cual fue posible a través del establecimiento de estrategias comerciales que permitiesen la obtención de beneficios a los productores directos. Este proceso, descrito por Catharine Good (Good, 1988: 15) en los siguientes términos: “[...] los habitantes de Ameyaltepec, Guerrero —y de varios pueblos vecinos— alcanzaron un nivel de prosperidad material sin precedentes, y a la vez conservaron y enriquecieron las bases de su organización económica tradicional”, fue —siguiendo a la misma autora— un “proceso de adaptación económica y cultural exitosa”.

Hacia la década de los setenta, con el desarrollo de enclaves agroindustriales en el noroeste del país, así como en Cuautla, Morelos, Izúcar de Matamoros y las plantaciones de café en la Costa Grande del estado, el flujo migratorio se mantiene en el perfil campesino. Nahuas de todo el estado, mixtecos y tlapanecos de La Montaña nutren este flujo, proveyendo uno de los principales contingentes de fuerza de trabajo.

En el estado de Morelos, que es referido como uno de los destinos migratorios que antecede a la migración estacional al noroeste, “[...] la filiación local y lingüística sigue un patrón definido. Así, observamos que hay superioridad en la presencia de comunidades tlapanecas de Guerrero y mixtecos de Oaxaca en los Altos de Morelos, de comunidades nahuas y mixtecas de La Montaña de Guerrero en la zona ejotera, así como de comunidades nahuas del Norte, Centro y Montaña en la zona del ángü.” (Sánchez, 2005: 28).

Durante esta fase del proceso migratorio, se recrean los mecanismos de los acatlecos en Ciudad Neza. Los mixtecos de Cahuatache y Tototepec se instalan en el barrio de San Antonio, en



Tlapa, “transportando sus costumbres que hasta la fecha siguen vigentes en su organización interna. Se mantiene el sistema de cargos, su comunicación privilegiada es el mixteco, cuentan con una banda de música que tiene como función mantener los vínculos culturales y religiosos con los pueblos mixtecos, a través de visitas recíprocas en sus fiestas patronales” (Barrera, 2000: 244).

Dentro del mismo estado de Guerrero, los enclaves turísticos refrendan esta pauta. En Acapulco, “quince colonias reúnen alrededor de 3 000 migrantes de Guerrero con 70 por ciento de tlapanecos de Zapotitlán Tablas” (Bey, 2001: 118). Asimismo, los acatlecos se expanden por la geografía guerrerense, en una pauta indicativa de muchos grupos más.

[...] se estima que alrededor de mil acatlecos se encuentran en ciudades como Acapulco, Ayutla, Tecuanapa, San Marcos, Cruz Grande, Las Vigas, Chilpancingo, Chilapa, Copalillo, Tlapa [...] Estos migrantes conservan, en el pueblo, viviendas, parcelas y visitan con frecuencia a sus familiares (Díaz, 2003: 38).

En la década de los ochenta, la migración hacia los distritos agrícolas del noroeste viene a constituir una de las opciones más asequibles a los indígenas montañeros. Esta migración se da conforme al ciclo estacional y agrícola de las comunidades, por lo cual, una vez iniciada la cosecha, los grupos familiares —por lo general— emigran, dejando en manos de otros familiares el término de la cosecha. De hecho, muchas comunidades se trasladan a ciertos campos agrícolas donde ya han tenido una experiencia “favorable” o donde su estancia no es tan desagradable, y permanecen ahí durante la estación de secas, por lo cual podemos hablar de comunidades “multilocales” o “multisituadas”, ya que la mitad de su vida la pasan en otro lugar, en este caso, en esos campamentos de los campos agrícolas.

El proceso concomitante a esta nueva fase de la migración interna es el proceso de descampesinización que se viene dando, por influjo de la vinculación a lo más avanzado de la economía capitalista en el sector agrícola. La propia transformación de la economía campesina en los lugares de expulsión se conjuga con esa migración dentro del país, para conformar procesos que van erosionando las bases económicas y culturales de la economía campesina.



Para tener una idea sobre la importancia de la presencia de los indígenas guerrerenses en los campos agrícolas de Sinaloa, tenemos que en 1993 se registraron en Culiacán 80 000 jornaleros, de los cuales 35% eran mujeres, y, del total de migrantes registrados en ese año, el 74% correspondía a gente proveniente de La Montaña (Barroso, 2004: 23).

Ahora bien, para 1995, del total de migrantes, los de Oaxaca y Guerrero constituían más de la mitad, el 58%, mientras el resto provenía de otras entidades. Para 2005, el siguiente cuadro nos muestra la afluencia de guerrerenses —de los cuales inferimos un alto componente indígena— hacia el principal enclave agrícola del noroeste:

Cuadro 1. Migración de guerrerenses a Sinaloa, 2005.

<i>Centro</i>	<i>Montaña</i>	<i>Costa Chica</i>
19 388	12 101	5 655

Fuente: Programa Nacional de Atención a Jornaleros Agrícolas Migrantes (Guerrero), 2006.

Donde destaca el número de migrantes desde la región Centro, que incluye la llamada Montaña “baja”, que comprende al municipio de Chilapa y lugar donde confluye también gente del Alto Balsas.

Actualmente, la migración a Sinaloa y el noroeste sigue siendo la principal para los pueblos montañosos, en términos numéricos, mas ya no lo es en términos económicos. A partir de la década de los noventa, se incrementa la migración a Estados Unidos y el flujo de remesas por dicha actividad se ha tornado en el recurso económico más importante, lo que ha transformado la faz habitacional de los pueblos montañosos, y que aporta también un recurso complementario para el gasto doméstico, la adquisición de bienes de consumo básico y cierta inversión productiva.

Para los ochenta, las estrategias de mercantilización y producción entre los nahuas balseños empiezan a mostrar sus limitaciones, por lo cual se emprende la migración a destinos foráneos, sobre todo las ciudades de Los Ángeles y Houston, en Estados Unidos. Este proceso tiene un paralelo en la principal región indígena del estado, la mixteca nahua tlapaneca, cuando, en consonancia con la irrupción de un flujo migratorio desde la mixteca baja poblana —el cual abre una ruta hacia la ciudad de Nueva York—, gente joven de la cañada del río tlapaneco y de La Montaña les siguen en su trayectoria, abriendo una nueva ruta hacia la urbe de hierro. La paradoja



está en que, desde varios de los municipios más marginados del país se nutre a la fuerza laboral de la urbe más cosmopolita y desarrollada del mundo.

Ante las limitaciones de la economía campesina, al agotarse la frontera agrícola y la insuficiencia de la economía de subsistencia —a pesar de las innovaciones tecnológicas con la introducción de los fertilizantes y de riego por bombeo en varias localidades—, una porción de los indígenas montañeros se encuentra ante varias opciones: a) seguir en su condición de “alta marginalidad”, sobreviviendo de las políticas asistenciales del estado, cuando bien les va; b) emprender el viaje por la ruta de la explotación en los predios agrícolas del interior del país, donde sus condiciones de trabajo son deplorables y sin el amparo de la legislación laboral vigente; c) incorporarse a la producción de enervantes, donde su lógica campesina atisba la ilegalidad, pero es vista también como una fuente más de ingresos, y d) sumarse al creciente flujo de fuerza de trabajo indocumentada hacia el país del norte, con los riesgos que ello implica, pero también con la suficiente necesidad y claridad para correr el riesgo. En estas dos últimas opciones, saben que se juegan hasta la vida, pero es mayor el sector de gente que opta por ellas, sobre todo por la última.

Ante las nuevas opciones y estrategias productivas que se presentan, una porción significativa de la población, sobre todo de jóvenes que cuentan ya con una escolaridad básica —primaria y secundaria, en la que han tenido oportunidad de aprender algo de inglés—, se inclina por la opción de emigrar a Estados Unidos, tendencia que va a afianzarse con el paso del tiempo gracias a los beneficios palpables que se tienen y a pesar de los graves riesgos que hay que correr.

En esta creciente intensidad del tráfico migratorio se encuentra tanto la promesa de tener una mejor perspectiva de resolver el atraso, como de la pérdida de un capital humano que podría aportar mucho en su propio entorno, ya que, “de acuerdo con el último censo (INEGI, año 2000), el estado de Guerrero es el 3er. estado en pérdida de población por migración” (Canabal: 15). En esta perspectiva, no resultan extrañas las cifras de guerrerenses en Chicago (200 000, según estimaciones del antropólogo Cuauhtémoc Velasco, o 350 000, según Monge Arévalo) (Monge, 2005: 19) o las aún impredecibles cifras de montañeros en Nueva York.

El fenómeno de la migración transnacional adquiere su importante dimensión si, inicialmente, la ubicamos en el contexto del fenómeno a nivel nacional. Así, vemos que, según



Canabal (*op cit*: 13), Guerrero ocupa el sexto lugar dentro de las entidades federativas de mayor expulsión de migrantes al exterior del país, después de Michoacán, Guanajuato, Estado de México, Zacatecas y Durango —mismas que aportaron el 67.1% de este tipo de migrantes— y que son, ciertamente, entidades federativas con una larga e histórica trascendencia migratoria. En cuanto a la cantidad de remesas, Guerrero ha pasado a ocupar el octavo lugar, después de Michoacán, Guanajuato, Jalisco, Estado de México, Puebla, Distrito Federal y Veracruz, que aportaron —para 2003— \$ 688 millones de dólares y —para 2004— \$ 826.3, con el 5.1% y 5.0, respectivamente, del total nacional de las remesas (Banco de México).

Los migradólares de los montañeros vienen a paliar la situación económica de ese 25% de familias al que se refirió recientemente el gobernador del Banco de México y que seguramente están, en La Montaña, dentro de ese “47% de trabajadores [que] no tienen ningún ingreso... [y del] 24.1% [que] recibe menos de un salario mínimo mensual” (Ortiz, 2005: 27).

Es casi imposible saber con precisión el monto de remesas que se reciben local y regionalmente, dadas las trabas que para el manejo de dicha información ponen las casas de cambio —Delgado Travel es la principal en La Montaña, formada por un migrante en retorno a la mixteca baja poblana. Marguerite Bey (*op cit*: 113), una investigadora extranjera que, quizás por esa condición, pudo tener acceso a ciertas cifras estimativas, nos dice que: “una agencia del banco Bital en Tlapa estimaba en 30 000 el monto de dólares cambiados cada día en octubre de 1997”.

La afluencia de divisas, producto de la migración a Estados Unidos, está produciendo uno de los cambios culturales más visibles: la transformación del paisaje urbano-arquitectónico, tanto en el Alto Balsas como en La Montaña. Las casas de *chinamite* (paredes de varas con adobe) han dado lugar a las casas de “material” (concreto, cemento, ladrillo, herrería, molduras de aluminio y latón) y se ha incentivado el consumo de bienes en las propias comunidades, lo que ha permitido el ensanchamiento de la cadena de pequeños negocios mercantiles. Y, si el proyecto avanza, tendremos un afianzamiento del nuevo patrón constructivo que redundará en una urbanización creciente de las comunidades, con sus nuevos y eclécticos patrones arquitectónicos.

Las transformaciones culturales que se están dando tienen que ver con las estrategias de adaptación al fenómeno migratorio, con la historia regional y con la conformación de sus



identidades culturales. De ahí que, a pesar de esos cambios tan notorios, muchas veces la ocupación de esas flamantes casas modernas sigue una lógica campesina. Se da una continuidad del uso del espacio habitacional que refiere Dehouve (Dehouve, 1976: 60), en el que dentro del solar habitacional se ubican tanto la casa de los padres como la de los hijos casados, ya que se da la patrilocalidad. Algunos cuartos siguen sirviendo como graneros, eventualmente como establo con una o varias bestias de carga. Las recámaras están ocupadas por las nueras o hijas que esperan el retorno de sus jóvenes maridos o muchas están desocupadas, como mudo testimonio de una planeación que no consideró eventualidades como la prórroga de la estancia en el otro lado o, peor aún, la creación de otros vínculos afectivos que retardarán o cancelarán el regreso. Y aquí tenemos uno de los efectos más descarnados de esta fase del proceso migratorio. La desintegración familiar, el rompimiento del vínculo de pareja, la extensión de amasiatos y queridajes en ambos lados, el crecimiento de niños ante una figura paterna ausente o distante. Son éstos los saldos negativos que una contabilidad oficial excluye, privilegiando los beneficios de los montos de remesas.

Indudablemente, una de las mayores influencias culturales que se están dando tiene que ver con los nuevos ámbitos y esferas de comunicación. Comunidades que, todavía hace un par de décadas, se vinculaban a través de una rudimentaria red de caminos de terracería y apenas contaban con algunos aparatos para captar evasivas señales radiofónicas o televisivas, ahora se encuentran vinculadas, de inmediato, con sus familiares o amigos en la gran urbe de hierro y en la Unión Americana. La cantidad de llamadas telefónicas que fluyen a través de estaciones de telefonía satelital facilita tanto el flujo de remesas como el intercambio de noticias, saludos y pautas culturales. El uso de Internet empieza a asomarse a esos hogares campesinos que han iniciado su aprendizaje en los vericuetos cibernéticos. Y es aquí donde se encuentran, con su mayor expresión, esos vínculos que conforman una nueva geografía transnacional que nos propone Besserer (Besserer, 2004). Vínculos que, a través de la frecuencia e intensidad de las referencias en la narrativa telefónico/cibernética, establecen relaciones más cercanas e inmediatas de las comunidades indígenas con Houston, Los Ángeles, Waukegan, Illinois, Nueva York y otras ciudades de Estados Unidos que con las ciudades importantes de Guerrero o del centro del país.



A pesar de las dramáticas situaciones que puedan enfrentar los migrantes, habrá que rescatar el aporte que nuestros connacionales indígenas están haciendo, tanto a nuestra propia economía como al país “anfitrión”. Y estaremos de acuerdo con Lourdes Arizpe (Arizpe, 2004: 317), quien resalta el papel de nuestros migrantes: “[...] México ha destacado por su producción cultural, museológica, artesanal y artística que hoy refrenda a través del impacto cultural que han tenido los migrantes mexicanos y sus descendientes. *Ninguna otra corriente de migración a Estados Unidos ha tenido un impacto cultural semejante*”.